



## NUEVA RELACION

DEL

### GANSO EN LA BOTILLERIA.

Alabao sea por siempre  
el paire de los borrachos;  
me alegre de ver á ostés,  
yo de cualquier suerté roado;  
pues como iba iciendo,  
he salio pa jaser algo,  
y ya de pura vergüenza  
toico se me ha olviao,  
pero ello algo ha de ser,  
que juera un gran desecato,  
que me volviera á meter  
sin decir bueno ni malo;  
y ahora se me ha ocurrio  
un demonio de un pasajo,  
que me sucedió á mí, habrá  
sus veinte ó cincuenta años,  
y en forma de relacion  
aquí tengo de encajarlo.

Habrán de saber ostés,  
como un domingo de Ramos,  
por mas señas, que cayó  
aquel año en Jueves Santo,  
me salí de mi fogar

resuelto y eterminao  
á encajarme en la ciudá  
de Graná en cuatro pasos;  
y me encajé en mucho menos  
de lo que canta un galápago.

Llegué al primer callejon,  
que estaba tóo tapao  
de muchas recajileras  
de álamos negros y blancos;  
allí habia mucha gente,  
y cuando menos me cató  
vi venir unas calesas  
con sus mulitas tirando:  
tóas cuajáas de oro,  
con tanto pintarrajao,  
y por unas ventanillas,  
que traian por los laes,  
en una de las calesas  
vi muchas plumas de pavo  
que salian de unas cabezas  
como caras de cristianos.  
Me acerqué á un hombre, y le dije,  
amigo, ¿qué pajarracos,



ingertos en criatura,  
van en aquel carro-mato?  
entonces me respondió,  
el entrecejo arrugao:  
—Animal, esos son coches,  
y aquellas plumas, penachos,  
que las señoras estilan  
en los gorros y peinados.  
—¿Y los señores qué estilan?  
—Cuernos, me ije, so ganso;  
él se marchó haciendo burla,  
y yo me quedé armirao.

Subí una calle arriba,  
y vi tanto monicaco,  
toicos con sus casacas  
como las de los soldaos,  
unas blancas y otras rubias,  
y otras de color de zapo  
con los calzones tan tiesos  
y el pelo tan erizao,  
y llenicos de ceniza,  
y en el piscuezo lizo  
jasta la barba un pañal,  
que se iban ahogando:  
otros traían un sombrero,  
como un bacín boca bajo;  
otros con unas maamas  
con tantísimo corgajo  
en la saya ó mantellina,  
agarraos de los brazos,  
ya bajaban por arriba,  
ya subían por abajo:  
jaciendo tantos meneos  
y metios y sacaos,  
con unas risas sin gana  
que yo le ije á mi sayo:  
si acaso esos no están locos  
es que lo están ensayando  
con aquellas tonterías;  
qué, si aquello daba asco:  
yo, la verdad, me queaba  
paleta y embelesao.

Juí siguiendo mi camino,  
y enderezando mis pasos  
por el puente de Ginil,  
llegué á un sitio muy ancho  
que diz que es el Humilladero.  
Y allí, ¡válgame san Marcos!

lo que había de calesas,  
de pelucas y virlangos:  
por el perro de san Roque  
que andaba yo mareao  
de andar en aquel infierno.  
Por último juí andando  
la carrera jácia riba,  
y llegué á una fuente de alabraz,  
con muchísimos pilares,  
y mas de milenta caños  
con caenas al reor,  
y al gol verme jácia un lao  
en las Angustias me jallé  
sin saber cómo ni cuándo:  
milagro fué de la Virgen,  
pues lo tenía deseo,  
sin pedir licencia á naide  
en la ermita me encajo:  
juí enderezando el pescuezo  
y ví que había unos santos  
subios en las paeres,  
tan grandes y agigantaos,  
que tendria caa uno  
sus cuatro varas de alto;  
yo ije: si uno se cae,  
probe del que esté debajo.

Juí mirando jácia riba,  
y de unas cueldas colgando  
había unos talegoñes  
como colchones ataos.  
Preguntéle yo á uno:  
¿qué hay dentro aquellos sacos?  
el hombre me ije: arañas;  
y yo ije, guarda, Pablo,  
si se revienta nn costal  
me comen á picotazos;  
miré jácia el altar grande,  
que era todo de peñasco,  
allí ví á Nuestra Señora,  
tan jermosa que era un pasmo,  
que con vidrios adelante  
motia está en su cuarto:  
juí y me jinqué de roillas,  
y allí la estuve rezando  
toicas mis devociones,  
jaciéndole mil plegarias.

La Virgen, paz que floraba,  
y yo de verla llorando,



eché tambien á llorar  
lo mismico que un muchacho,  
me levanté, sall juera  
y me juí paso entre paso  
por toa aquella jacera  
donde diz que está el Rastro;  
y así que llegué á la esquina  
de la Fuene del Castaño,  
reparé que en una casa  
á móo de tabernajo,  
estaban con mucha bulla  
unos hombres meneando  
unos botijos de estaño,  
que les llamaban garrafos,  
y en un menuto los hombres  
á tóos les juí pillando,  
y con güertas y meneos  
gobernaban el guisao,  
allí habia una gresca  
de andar saliendo y entrando  
por Dios que se parecia  
madriguera de gazapos:  
me acerqué á un hombre, y le ije:  
amigo ¿qué es esto?—So asno,  
no ves que es la bestieria  
donde se refresca el cuajo?  
Yo que estaba del camino  
cansao y acalorao,  
iscurriendo me paré,  
ije no seria malo  
entrarme aquí á refrescar,  
y de camino escanso;  
como lo pensé lo jice,  
me colé dentro del partio,  
y por unas escaleras  
hasta arriba me encajo;  
zámpome en una saleta  
sin mas decir jó ni jarro,  
me jacenté en una silla  
muy sério y isimulao,  
allí habia mucha gente,  
y al retortero sentaos  
muchos hombres y mujeres  
que se estaban refrescando,  
y encima de una mesa  
á dar golpes empezaron,  
y subió un mozolejo  
con unos tufos muy largos,

que de San Bartolomé  
pariente era en primer grado:  
y empiezan á icirle unos:  
leche, otros, arbellano,  
otros ecian: limones,  
y otros manteca con rabo;  
otros le ecian almendras,  
y otros huevos jilaos;  
á mí se acercó, y me ijo:  
¿y usted que bebe, nostramo?  
y yo le ije: lo que refresque  
hasta los mismos zancajos.

Se jué, y á poco subió  
con mas de catorce vasos,  
puestos con mucho esórden,  
en un reondon de palo;  
á mí se vino y me trajo  
uno lleno rebosando,  
en un diablo de gacheta  
que parecia ajo blanco,  
y yo le ije: ¿compadre,  
qué significa este gazpacho?  
y me respondió con sorna:  
—Esta es horchata, so ganso;  
yo que nunca en jamás  
de aquello habia catao,  
al vidrio me enderecé,  
y al tirarme el primer trago  
las quijás y los dientes  
de manera se me helaron,  
que me quedé sin sentío  
y ya medio encirolao;  
por salir pronto del susto  
jarrempujé con el jarro,  
y en sola una tragantía  
me encajé tóo el surrampio;  
y allí, ¡várgame san Lesmes!  
que nunca hubiera yo entrao,  
donde tóo el quintimperio,  
las tripas con el recaño,  
los gofes y las entrañas  
se me salian de cuajo:  
me pegó tal carraspera,  
que tosiendo y moqueando  
por las narices y orejas  
me salieron cuatro caños;  
el vidrio se me cayó  
y se jize mil pedazos:



la gente que estaba allí  
 á jacer burla empezaron;  
 unos ecían: ¡qué bruto!  
 otros ecían: ¡qué alano!  
 ¡qué pedazo de animal!  
 yo que lo estaba escuchando,  
 así que me reporté,  
 me levanté como un taco  
 iciéndoles: que por vía  
 de la mitra de Pilatos,  
 que si enderezo la porra  
 les rompo á tóos los cascós;  
 queran una cuadrilla  
 de monigotes y trastos:  
 se levantó un peluquilla,  
 y enderezando la mano,  
 jué á darme un bofetón  
 y me pegó tres ó cuatro;  
 yo enderecé la porra,  
 mas otro por el otro lao  
 me la quitó, y del tirón  
 me sacó tóo el jarapo;  
 yo empecé á repartir coces  
 y á surrear puñetazos,  
 y ellos á tirarme á mí  
 patáas y puntillazos;  
 al ruido y á las voces  
 se encaramó arriba el amo,  
 y ijo ¡qué viene á ser esto?  
 y uno respondió: ese asno,  
 que como burro en la cuadra  
 aquí se ha encajonao;  
 me ijo mil esvergüenzas,  
 y por coronar el chasco  
 que le pagase tres riales  
 y me juera con los diablos:  
 yo le ije, que no tenía  
 mas que cuatro ó cinco cuartos:  
 ijo: pues echa á correr  
 mas que no pagues un chavo:  
 yo, metiéndome el pañal  
 que lo tenía corgando,

juí á bajar la escalera  
 y en un escalón mojao  
 se me escurrió un alpargate,  
 y pegué tal batacazo,  
 que hasta el patio bajé  
 las escaleras roando;  
 y empezó toa la gente  
 con chillios y gritazos  
 á ecir: ahí va ese bestia,  
 ya se descornó ese asno;  
 yo jechando por la boca  
 mil culebrones y sapos,  
 me levanté de aquel suelo  
 medio espaletillao:  
 en la calle me planté,  
 y corriendo como un gamo  
 me salí de la ciudad,  
 y así que me vi en el campo  
 ije quién pillara aquí  
 á aquellos picaronazos,  
 que yo les jiciera echar  
 los jigaos por un lao;  
 no son mas que unos monos  
 embebios y empapaos  
 en aquellas monerías;  
 vale mas, y no me engaño,  
 una cuarta de alpargate  
 y ropa de paño pardo,  
 que toos cuantos pelucas  
 hay en el género humano.

Por fin llegué á mi lugar  
 con propósito cerrado  
 de no beber mas que vino  
 aunque esté achicharrao,  
 pues tan caro me costó  
 el haberme refrescao;  
 y con esto rematé,  
 pidiendo á toos postrao  
 me perdonen, que aunque mia  
 que soy hombre é lo abajo,  
 el decilla mal ó bien  
 mi trabajo me ha costao.

*(Autorizado segun la ley vigente.)*

**MADRID.**—Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.